

*Estudios*

# *La casa de la laguna*

de Rosario Ferré:  
verdad histórica frente a verdad literaria

---

## *Enseñando Simón Bolívar*

Enseñaban en detalle la historia de Estados Unidos, pero no mencionaban nunca la historia de Puerto Rico. En la opinión de las monjas, nuestra isla no tenía historia. Esto no era sorprendente; por aquella época, estaba prohibido enseñar la historia de nuestro país, tanto en las escuelas privadas, como en las públicas. ¿Será que nuestra historia es tan peligrosa que puede llegar a ser revolucionaria?

Rosario Ferré. *La casa de la Laguna*

En el año 1970 se genera un debate en la Universidad de Puerto Rico (sede Río Piedras) cuyo tema central se basa en la «Crisis y transformación de la literatura puertorriqueña» (Daroqui, 1998, 34). El objeto de dicho debate era el intercambio de proposiciones pertenecientes a distintas corrientes<sup>1</sup> que aportasen soluciones a la crisis que atravesaba en ese momento la literatura puertorriqueña. Entre los participantes más destacados se encontraban el escritor Luis Rafael Sánchez, los críticos Arcadio Díaz Quiñóniz y Angel Rama y el historiador literario Francisco Manrique Cabrera.

Podría decirse que una de las propuestas que se derivaron de las discusiones llevadas a cabo, es que la crisis por la que atravesaba la literatura puertorriqueña debía aprovecharse para construir modos alternativos de representación que rompieran con los paradigmas literarios anteriores. Efectivamente, el proceso se consolidó en una práctica discursiva que abrió nuevos espacios en el proceso de escritura. Escritores como Luis Rafael Sánchez, Edgardo Rodríguez Juliá, Ana Lydia Vega y Rosario Ferré, entre otros, se abocaron a la tarea de desplazar el discurso canónico de las décadas precedentes,

así como a proyectar el universo simbólico de sus obras hacia otros ámbitos, distintos a los que proponían los escritores canónicos.

En este sentido, la indagación histórica, el diálogo con otros discursos (feminista, político, o económico, entre otros) y la asimilación de la cultura popular o de masas, constituyen tanto un conjunto de respuestas a las crisis políticas y sociales de Puerto Rico —y de América Latina en general— producto de las transformaciones que se sucedieron en las sociedades latinoamericanas durante la segunda mitad del siglo XX. Estos antecedentes son sumamente significativos, porque permiten visualizar los signos que marcan la ruptura con el discurso hegemónico anterior, a partir de los cuales se evidencian cambios en las propuestas discursivas que sobrevendrán y se consolidarán en las décadas posteriores a 1970.

Uno de los temas más polémicos que a su vez ha sido objeto de numerosas interpretaciones en la literatura puertorriqueña contemporánea, es la preocupación por la historia cuya problematización deriva en una comprensión de la formación de la identidad y la conciencia nacional del puertorriqueño. Al indagar en el pasado, los escritores develan la complejidad de las estructuras sociales que comenzaron a formarse durante la colonización española y que aún hoy día no han logrado consolidarse completamente:

Yo sostengo que si Puerto Rico todavía no ha logrado cuajar una conciencia nacional como la del resto de Hispanoamérica y el Caribe mismo, esto ha sido a causa del carácter mismo de la historia puertorriqueña. Es una sociedad que se fue construyendo de tal manera que cada vez que estaba a punto de cuajar en sociedad nacional, le añadían un nuevo ingrediente y entonces el proceso tenía que volver a empezar. (González, 1998, 61)

José Luis González, en su libro *El país de cuatro pisos* (1980), hace un análisis detallado de la historia de Puerto Rico, tomando en cuenta tanto factores externos como internos. Dice que este país es como un edificio de cuatro pisos, cada uno de los cuales se corresponde a un sector determinado de la población. Este análisis ha servido de guía para la comprensión de una gran cantidad de textos, tanto literarios como de otra índole. Todo comienza cuando a comienzos del siglo XIX, la revolución haitiana logró la independencia de dicho país, lo cual tuvo como consecuencia, en primer lugar, la abolición de la esclavitud y en segundo lugar, la caída de la industria azucarera haitiana, que para aquel entonces era la más importante de todo el Caribe y una de las primeras en el mundo. En ese momento, la cantidad de mulatos y negros en Puerto Rico sobrepasaba cuantitativamente a la de los blancos, lo cual ponía en peligro la estabilidad del gobierno español. Por consiguiente, España promulgó la Real Cédula de Gracia de 1815 que le

abrió las puertas de la isla a cualquier extranjero blanco que pudiera trabajar en la industria azucarera, aportando mano de obra esclava y capital. El propósito de dicha ley era única y exclusivamente propiciar el blanqueamiento de la población puertorriqueña, lo cual se garantizaba a través del sometimiento de negros y mulatos al trabajo esclavo, a la vez que evitaba cualquier tipo de insurrección:

¿Qué cabe concluir de todo esto sino que a fines del siglo XVIII la población mulata puertorriqueña estaba en vías de convertirse en algo peligrosamente similar a lo que poco después llegó a ser en Haití: el detonador de una rebelión de castas contra el gobierno de los blancos. (González, 1980, 50-51)

A mediados de ese mismo siglo hubo una segunda ola de inmigrantes (corsos y mallorquines en su mayoría, quienes venían huyendo de la sequía que hubo en Córcega y de las consecuencias que trajo consigo la derrota de Napoleón). Estos nuevos inmigrantes se asentaron en la zona montañosa donde utilizaron como mano de obra a los campesinos blancos habitantes de la región (a quienes se les conoce originalmente como «jíbaros»<sup>2</sup>) quienes se vieron impedidos de emigrar hacia otros sitios y trabajaban para los hacendados a cambios de mínimos beneficios. La industria cafetalera se convirtió en la más importante de Puerto Rico después de la azucarera.

Hasta la invasión norteamericana de 1898 los dirigentes de la industria azucarera conformaron el sector hegemónico (tanto económica como culturalmente hablando) de la sociedad puertorriqueña, contando por supuesto con aportes significativos de algunos intelectuales del sector cafetalero (Llorens Torres, Meléndez Muñoz y Oliver Frau, entre otros). Luego de esta fecha, la hegemonía norteamericana desplazó literalmente a la de los dirigentes de ambos sectores, los cuales pasaron a un segundo plano y tuvieron que someterse a las leyes del nuevo gobierno. Una de las consecuencias más importantes que trajo consigo la invasión norteamericana fue la problematización del concepto de identidad nacional, el cual debe ser reformulado de acuerdo a las transformaciones que se sucedieron en la sociedad puertorriqueña a partir de la expansión imperialista.

Es importante destacar que una de las consecuencias más significativas que trajo consigo la invasión norteamericana fue el ascenso social y económico del negro y el mulato, lo cual propició un racismo extremista por parte de la burguesía española, que se evidenció en la producción literaria de la primera mitad del siglo XX.

Dentro de este marco histórico se desarrolla la trama de la novela *La casa de la Laguna* (1997) de Rosario Ferré en la cual Isabel, una escritora perteneciente a la burguesía puertorriqueña, decide escribir una novela que

narra la historia de Puerto Rico durante los últimos cien años de acuerdo a las vivencias de sus familiares y de los familiares de su esposo, así como de los sirvientes negros que trabajaban para sus suegros:

Había oído decir que la mayor parte de la población de la Isla estaba constituida por inmigrantes, gentes de las islas Canarias, de las Baleares, de Cataluña, así como también de franceses y corsos. Algunos habían llegado de Venezuela y de las islas vecinas, huyéndole a las guerras de independencia que inevitablemente causaban la ruina —si no la muerte— a la gente bien. (Ferré, 1997, 26)

El fragmento alude a la llegada del suegro de Isabel a Puerto Rico y a sus primeras impresiones de la isla. Inevitablemente sus prejuicios de clase no le permiten ver que existen «otros» aparte de la población blanca descendiente de las dos grandes oleadas inmigratorias descritas anteriormente. Aunque el eje central de la trama es la saga familiar, la escritora involucra a los personajes en los acontecimientos más importantes de la historia de Puerto Rico y describe la experiencia de cada uno de ellos frente a los mismos, partiendo, tanto de sus conocimientos sobre historia, como de los relatos que le han sido confiados. Su esposo, quien es historiador, descubre el manuscrito y enfurece al leer ciertos secretos de su familia y de él mismo que se ponen al descubierto en la novela, por lo cual decide hacer correcciones al margen, que pretenden darle cierta objetividad al texto, así como desmentir las exageraciones de Isabel.

La confrontación evidente entre historia y literatura, pone de manifiesto la consolidación de una estética que recurre al cuestionamiento del pasado y a su resemantización, lo cual tambalea los cimientos del discurso histórico hegemónico a través de la problematización de los criterios de verdad y objetividad. En este sentido, la ficción desplaza al discurso histórico para suplantarlo y propone versiones que suponen una reflexión acerca de hechos y acontecimientos desde una perspectiva más cotidiana y menos heroica

Verdad o falsedad no dependen de los hechos sino de una convención. La ficción es capaz de apropiarse entonces de la indagación histórica e incluso suplantarla, consciente de sus vacíos y limitaciones, y propone un nuevo espacio de reflexión cultural. (Kozak, 1993, 84)

Por consiguiente, la ficción llena los espacios vacíos de la historia de acuerdo a la subjetividad de quien escribe. En este caso, Isabel alterna las historias de las familias con su percepción de los hechos, así como con una reflexión acerca de su posición de mujer, madre y esposa en una sociedad llena de prejuicios. La novela denuncia tanto el maltrato hacia la mujer —cuyos orígenes se remontan a la llegada de los primeros conquistadores—, como el racismo y el clasismo de la sociedad puertorriqueña, los cuales se

evidencian en el blanqueamiento al cual someten a sus hijos al no permitirles casarse con personas que no sean descendientes directos de españoles, o al hecho de que las familias burguesas tengan gran cantidad de sirvientes negros a su disposición. A pesar de que sus intenciones eran otras —contar la historia de las dos familias—, Isabel está consciente de que el producto final es completamente distinto a lo que ella imaginaba: «Mi propósito original fue tejer, a los recuerdos de Quintín, las memorias de mi propia familia, pero lo que escribí finalmente fue algo muy distinto» (Ferré, 1997, 18).

Los hechos históricos que relata la novela son alterados ya que Isabel adiciona o quita ciertas cosas de acuerdo a lo que ella considera pertinente. Asimismo, las características físicas y psicológicas de los personajes tienen que ver con el tipo de relación que ella mantiene con los mismos y con los prejuicios que ella atribuye al racismo, clasismo y discriminación hacia la mujer dentro de la misma familia. Por tanto, en la novela se confrontan:

#### LA VERDAD HISTÓRICA Y LA VERDAD LITERARIA

El escritor Mario Vargas Llosa dice que «toda buena novela dice la verdad y toda mala novela miente»<sup>3</sup> (1990:10), refiriéndose al hecho de que las novelas recogen ciertos hechos y experiencias propias del ser humano que sirven para construir mundos posibles dentro de los cuales todo lo que sucede es perfectamente verosímil. La finalidad de una buena novela radica en que esta logre convencer al lector de que lo que allí se dice es cierto. En *La casa de la Laguna* puede apreciarse este proceso ya que se confrontan dos verdades: la literaria -Isabel- y la histórica - Quintín

Quintín empezó a sentirse cada vez más incómodo. El manuscrito era un esfuerzo auténtico de escribir ficción; Isabel evidentemente pretendía que fuese una novela. Pero se había inventado unos cuentos increíbles sobre su familia; y había dejado fuera mucho de lo que de veras, había sucedido. (Ferré, 1997, 87)

La confrontación del esposo de Isabel —historiador— con el manuscrito que ella escribe polemiza la posición del historiador frente al escritor y propone una reflexión sobre la reescritura de la historia. Los pasajes de la novela que llevan por título «Quintín», constituyen un proceso metahistórico que cuestiona al historiador desde el punto de vista de la verdad objetiva que pretende dar a conocer, así como el proceso de selección de ciertos acontecimientos y la exclusión de otros. Asimismo, el discurso histórico se examina desde el punto de vista de su efectividad para construir una representación del mundo y de la vida, toda vez que se pone de manifiesto que la ideología no es totalizante, sino que se convierte en algo subjetivo y especí-

fico, de acuerdo al sujeto que la produce. Esto implica una textualización de la *conciencia de la historia* (Rivas, 2000, 33-37), la cual se evidencia en primer lugar, en el hecho de que hay un referente histórico implícito y reconocible por el lector (en este caso la historia de Puerto Rico durante los últimos cien años), en segundo lugar, en la ficcionalización del personaje del historiador —Quintín— quien critica a los escritores diciendo que ellos «interpretaban siempre la realidad a su manera, pero aunque los bordes de la realidad fuesen difusos, la interpretación tenía sus límites», agregando además que por ello «la literatura no era un quehacer serio, como lo eran la ciencia o la historia» (Ferré, 1997, 88). En tercer lugar, en la problematización de la historia, lo cual se evidencia en la confrontación entre la versión oficial de la historia y «otra» versión que forma parte de la interpretación que hace el personaje de Isabel acerca de los hechos. Por último, la *conciencia de la historia* supone una reflexión sobre el proceso de escritura de lo histórico, es decir, cómo se registran los hechos y cuáles de ellos se incluyen o excluyen en este proceso. En este sentido, podemos observar cómo a lo largo de la novela la verdad histórica pierde validez frente a la verdad literaria, ya que esta última impugna el estandarte del discurso histórico oficial, el cual es corregido y contado a través del pacto ficcional entre autor y lector. Los acontecimientos más importantes de la historia de Puerto Rico, vistos desde la perspectiva de Isabel, parecieran ser mucho más posibles que los que la historia siempre ha considerado como verdaderos:

Pero la literatura le ha jugado una mala pasada a la historia al concebirse como un instrumento capaz de falsificar sus métodos, utilizarlos y desnudar la arrogancia de una práctica discursiva cuyo estandarte es el criterio de verdad, objetividad y magisterio social y político. (Kozak, 1993, 84)

Quintín descubre que a través del manuscrito de Isabel él mismo comienza a reevaluar y a reflexionar sobre ciertos acontecimientos de la historia de su familia, cosa que nunca había hecho, además de darse cuenta de su responsabilidad en el mal funcionamiento de su matrimonio. Además, a pesar de que rechaza el manuscrito por considerarlo no verdadero desde el punto de vista histórico, al mismo tiempo se siente atraído hacia él, debido a que «Su vida le parecía más interesante de lo que en realidad era; el texto le daba profundidad y sustancia» (Ferré, 1997, 122); es decir, Isabel construyó un mundo con el cual el lector —Quintín en este caso— se identificó, reconociéndolo como suyo a pesar de sentirse seriamente afectado por algunos hechos.

La subjetividad y falta de profesionalismo de los escritores que tanto critica Quintín son puestas a prueba, ya que al tratar de contar los hechos de acuerdo a su propia versión, no puede evitar elaborar juicios acerca de los

mismos. Esto se evidencia en un pasaje en el cual Isabel cuenta la historia del matrimonio de sus abuelos paternos y culpa de la trágica muerte de su abuelo a su gemelo idéntico. Quintín, al tratar de aclarar qué sucedió realmente, dice que todo se atribuye a los celos de ambos por el amor de la abuela —quien mantuvo relaciones con ambos— lo cual llevó a que uno de ellos mandara a matar al otro. Quintín no puede desligarse de los sentimientos encontrados que le producen estos acontecimientos y al narrar, se parcializa frente a los mismos, poniendo en tela de juicio su profesionalismo como historiador. Con esto, Rosario Ferré demuestra que la historia no es menos subjetiva que la literatura, ya que también se encuentra condicionada por la subjetividad de quien escribe, así como por una cantidad de factores inherentes a la persona como su raza, sexo, educación, posición social o creencias religiosas.

Por otra parte, la indagación en el pasado supone una recontextualización y resemantización de los hechos que conlleva a la elaboración de juicios críticos sobre la historia oficial. En un capítulo titulado «La agonía del coronel Arrigoitia» Isabel hace un recuento de la masacre de Ponce de 1937<sup>4</sup> y nombra a sus protagonistas: el gobernador Winship y el coronel Riggs. Sin embargo, la responsabilidad de la matanza de estos jóvenes manifestantes que protestaban por la independencia de Puerto Rico, es atribuida a Arístides Arrigoitia, el abuelo materno de Quintín, quien para ese entonces era el jefe de la policía y quien además recibió la orden directa del gobernador de disparar contra los manifestantes. Isabel, quien simpatiza con los independentistas, se deja llevar por sus convicciones políticas y culpa a Arrigoitia de todo lo sucedido, deslegitimando así la tradición hispanófila tan ensalzada por los escritores de la primera mitad del siglo XX al escribir, no sólo que este señor fue el culpable de la masacre, sino que minutos antes de que todo ocurriera, se sentó en una capilla a imaginar escenas eróticas con su esposa, lo cual lo tranquilizó sobremanera para luego dar la orden de disparar. Además, ella afirma que todo se atribuye a las ambiciones de Arrigoitia de ocupar un cargo que sólo estaba destinado a los ciudadanos norteamericanos y su castigo fue ser destituido por el mismo gobernador y repudiado por el pueblo. Para ella, una gran parte de los trágicos sucesos ocurridos en la historia puertorriqueña tienen su origen en el temperamento de los conquistadores —su esposo casi mata a golpes a un pretendiente suyo por celos, su suegro es un bruto y un provinciano que azotó a su mujer en público— y en su desprecio hacia las razas que ellos consideraban inferiores —negros y mulatos—, por lo cual Isabel, en su novela, se burla de las «Infulas» de clase de la familia de Quintín y revela secretos de familia que desmienten la rectitud, los valores y la moral que estas personas se atribuyen, desmitificando así la hispanofilia de la burguesía puertorriqueña y su nostalgia por el pasado.

Esta polémica puede verse como una respuesta a las propuestas estéticas del foro de 1970, ya que la hibridación del discurso y las problemáticas que plantea pretenden desplazar los postulados del canon paternalista que consideraba a Puerto Rico como una gran familia amparada por la figura de un ser superior que protege a sus subordinados. Juan Gelpí (1993, 56) define al discurso paternalista como «un discurso conciliador que está fundamentado en el respeto a la autoridad de una figura paterna simbólica». Esta figura ofrecía al país un rumbo a seguir así como contrarrestar la «personalidad de transeúnte que navega a la deriva y la nave al garette». En la novela se problematiza este hecho a través de referencias a ciertos hechos históricos como por ejemplo la firma de la Ley Jones por el presidente Wilson, la cual le daba la nacionalidad norteamericana a los puertorriqueños. Buenaventura, el padre de Quintín, llega a la Isla durante la celebración de dicho acontecimiento y comenta que «los puertorriqueños estaban acostumbrados a transitar de isla en isla y de continente en continente como aves cuya condición natural era el tránsito» (Ferré, 1997, 26).

Se hace énfasis en el hecho de que a partir de ese momento los puertorriqueños son ciudadanos libres y pueden viajar a cualquier parte, así como pedir asilo político en cualquier país del mundo como ciudadanos norteamericanos. Sin embargo, otra verdad se esconde detrás del *God Bless America* y de las juramentaciones ante la bandera. A lo largo de la novela, la estadidad puertorriqueña se convierte en el grillete que condiciona a los puertorriqueños a seguir ciertos parámetros con los cuales la mayoría no está de acuerdo. Asimismo, la ciudadanía norteamericana no facilita las cosas ya que en Estados Unidos ellos siguen siendo discriminados por su condición de *latinos*. Ante este problema, surgen gran cantidad de interrogantes que la literatura ha tratado de responder, aunque no siempre existe una respuesta:

Como yo lo veo, nuestra isla es como una novia siempre a punto de casarse. Si algún día Puerto Rico escoge ser un estado de la Unión, tendrá que aceptar el inglés, el lenguaje de su futuro esposo, como lengua oficial junto con el español, no sólo por ser el lenguaje de la modernidad y del progreso, sino por ser el lenguaje del poder en el mundo de hoy. Si la Isla escoge la independencia y decide quedarse soltera, por otra parte, tendrá que sacrificarse y aceptar la pobreza y el atraso que significará vivir sin los beneficios y la protección de los Estados Unidos. Independientes no seremos más libres, porque los pobres no son libres. (Ferré, 1997, 197)

La novela apela al efecto de recepción y construye un campo de juego donde autor y lector se relacionan de acuerdo al pacto ficcional propio del discurso literario. El juego consiste en entregarle al lector un manuscrito

que pretende seguir las estrategias propias del discurso histórico, pero que desvía sus objetivos hacia los linderos de la verdad literaria; el lector que se desdobra en la figura del historiador se indigna ante las innovaciones de la escritora, quien hace todo lo posible por desplazar las concepciones estéticas anteriores al denunciar los prejuicios raciales y sociales dentro de su propia familia, formulando juicios de valor que parten de una colectividad determinada dentro de la sociedad puertorriqueña y que denuncian y ponen en evidencia ciertos conflictos que aún no han podido ser resueltos. El personaje de Quintín representa al historiador que defiende el discurso canónico de la historia, el cual es deslegitimado por la literatura. En palabras de Bajtín (1989, 77) «la palabra autorial (religiosa, política o moral)» que se relaciona directamente con la voz del padre o de una autoridad específica, es desplazada y sustituida por la «palabra de convicción interna», la cual aunque carece de autoridad, es legitimada por el discurso literario y penetra el sistema tradicional de los valores, abriendo el discurso al dialogismo y a las múltiples interpretaciones.

Al privilegiar los problemas individuales o familiares y colocarlos como eje de la historia, Isabel desautoriza y deslegitima el discurso histórico hegemónico y propone un discurso altamente político que se enfrenta a ciertos postulados canónicos tanto políticos, como sociales y culturales y propone una reflexión a través de las vivencias de un colectivo determinado y de su experiencia ante los sucesos históricos más importantes de la historia de Puerto Rico. Además, la autora demuestra que lo que sucede en la actualidad en Puerto Rico, es consecuencia de un proceso de consolidación social y político fragmentado, de etapas superpuestas que -como afirma el escritor José Luis González- no «cuajaron» y por tanto, resulta casi imposible trazar los límites que definen la identidad y la conciencia nacional. *La casa de la laguna*, al hacer metahistoria, propicia un diálogo entre distintos tipos de discurso (paternalista, feminista, machista, político) y una reflexión que supone una concientización del carácter híbrido tanto de la cultura, como de la literatura puertorriqueña.

## NOTAS:

- <sup>1</sup> Por un lado, los canónicos, quienes pretendían continuar con una estética que privilegiaba temas como el nacionalismo o la identidad; y por el otro, los innovadores, quienes proponían romper con la tradición literaria anterior a 1970.
- <sup>2</sup> María Julia Daroqui, en su libro *Las pesadillas de la historia en la narrativa puertorriqueña* (1990, 58), al comentar el ensayo de Antonio Pedreira que lleva por título «Insularismo», cita la definición de «jíbaro» según este escritor: «del cruzamiento de españoles puros, surge el criollo que conforma la gran masa campesina, admirable por su resistencia física, es un individuo astuto, desconfiado y esquivo, aunque benévolo». Esta figura es de vital importancia en la literatura puertorriqueña de las primeras décadas del siglo XX, ya que constituye el símbolo de la cultura hispánica que es desplazada por la norteamericana.
- <sup>3</sup> Para Vargas Llosa, la verdad histórica supone un cotejo entre la escritura y la realidad, que parte de una reproducción objetiva y fidedigna de determinados acontecimientos y experiencias vividas. Sin embargo, la verdad literaria constituye un concepto estético puesto que depende de que el lector viva una ilusión al satisfacer ciertos deseos que en el mundo real son imposibles de realizar.
- <sup>4</sup> Esta masacre se desató a raíz de una manifestación popular, principalmente de jóvenes, que pedían la liberación de Albizu Campos -uno de los principales líderes del Partido Nacionalista puertorriqueño, quien en 1932 anterior había irrumpido en el Capitolio con una multitud, para protestar en contra de un proyecto legislativo que pretendía convertir la bandera de Estados Unidos en símbolo nacional de Puerto Rico. Aunque estaban desarmados, el gobernador ordenó que se les disparara porque no quisieron marcharse cuando éste se los pidió.

## BIBLIOGRAFÍA:

### *Directa*

- Ferré, Rosario (1995). *The house on the lagoon*. New York: Farrar, Strauss and Giroux.  
—.(1997). *La casa de la laguna*. New York: Vintage Books.

### *Indirecta*

- Bajtín, Mijail (1989). *Teoría y estética de la novela*. Madrid, Taurus.
- Daroqui, María Julia (1990). *Las pesadillas de la historia en la narrativa puertorriqueña*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, C.A.
- .(1998). *Dislocaciones: Narrativas híbridas del Caribe Hispano*. España: Universitat de Valencia.
- De Certeau, Michel (1985). *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana.
- Gelpl, Juan. «El clásico y la reescritura: Insularismo en las páginas de *La guaracha del Macho Camacho*». *Revista Iberoamericana*, Vol LIX, N° 162-163, ene-jun 1993; 55-71.
- Giménez, Lulú (1990). *Caribe y América Latina*. Caracas: Monte Avila Editores Latinoamericana, C.A.
- González, José Luis (1980). *El país de cuatro pisos*. Puerto Rico: Ediciones Huracán.
- .«Puerto Rico: una nueva mirada a un nuevo país». *Revista Nuevo texto Crítico*, N° 3, 1er semestre de 1988, 59-69.
- Jitrik, Noé (1995). *Historia e imaginación literaria. Las posibilidades de un género*. Buenos Aires: Editorial Biblos.

- Kozak Rovero, Gisela (1993). *Rebelión en el Caribe Hispánico*. Caracas: Ediciones La casa de Bello.
- Marqués, René. «El puertorriqueño dócil». *Cuadernos Americanos*, N° 3, mayo-junio de 1959, 144-195.
- . «Pesimismo literario y optimismo político: su coexistencia actual en Puerto Rico». *Cuadernos Americanos*, N° 1, enero-febrero de 1962, 43-74.
- Pons, María Cristina (1996). *Memorias del olvido. La novela histórica de fines del siglo XX*. México: Siglo XXI.
- Rivas, Luz Marina (2000). *La novela intrahistórica: Tres miradas femeninas de la historia venezolana*. Publicado por la Dirección de Cultura de la Universidad de Carabobo.
- Sharpe, Jim (1993). «Historia desde abajo». *Formas de hacer historia*. Compilación de Peter Burke. Madrid: Alianza.
- Vega, Ana Lydia (1995) «Nosotros los historicidas». *Historia y Literatura*. Compilación de Antonio Gatzambide. San Juan de Puerto Rico: historias, Posdata.
- White, Hayden (1992). *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona: Paidós.